

Carine Fernandez

Mil años después de la guerra

Dos hermanos, dos caras
de una misma historia



CARINE FERNÁNDEZ

MIL AÑOS DESPUÉS DE LA GUERRA

Traducción del francés de Rosa Martínez-Alfaro



Título original: *Mille ans après la guerre*

© ESCALES Domaine Français, 2017

© por la traducción, Rosa Martínez-Alfaro, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 96: © *Las bodas de Figaro*, 2013 Piros Comercial Digital, creada por Wolfgang A. Mozart.

pág. 120, 166 © *Norma*, 2003 Marcal Investments bajo licencia exclusiva de EMI Records Ltd, creada por Vincenzo Bellini.

pág. 166 © *Don Giovanni*, 2016 Sony Music Entertainment, creada por Wolfgang A. Mozart.

pág. 203 © *La cumparsita*, 2017 Muneta Producciones, creada por Carlos Gardel.

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-670-5167-4

Depósito legal: B. 766-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

Quiso a *Ramón* porque, de todos los animales de la creación, sólo él sabía sonreír.

Encaramado en sus cuatro patas, alto como un vulgar taburete, *Ramón* lo miraba meneando la cola, lo miraba con el ojo tuerto —el derecho, que parecía que lo tuviera amoratado por la mancha negra que le cubría parte del hocico—, lo miraba con aire contento. ¡Pues claro! ¡El animal sonreía!

Era uno de esos perros mestizos que sólo la insolente naturaleza es capaz de crear: un cruce de cocker y teckel que le había proporcionado unas orejas caídas y el tamaño de un chucho cualquiera. El pelaje, de tono bazo, entre gris y marrón, del color tipo «perro callejero».

Sus días transcurrían recorriendo las calles de Talavera de acera en acera en busca de sombra, deambulando a orillas del Tajo, descendiendo a toda prisa por las riberas de debajo del puente romano en ruinas

para que *Ramón* se revolcara en la arena fina y lamiera el agua con alegría; después regresaban a Aldeanueva por la carretera principal: media legua de eucaliptos hasta el cementerio.

Ése era el nombre que los habitantes de la 'población'* de Aldeanueva le daban desde hacía mucho tiempo a la carretera: *Media Legua*, por la parada del autobús que daba servicio a los alrededores de Talavera. Pero ¿quién visita un pueblucho así? En realidad, nadie. El conductor que pasa volando por la vía rápida Madrid-Cáceres ni siquiera se digna a mirar la aldea, sino que aprieta con fuerza el acelerador para no desperdiciar el viaje.

Aldeanueva nació en la posguerra y ni siquiera se había atrevido a lucir el título de *villa* o *pueblo*, no era más que un acantonamiento: hileras de casas bajas y adosadas cuyas cortinas de anchas rayas indias se inflaban con la mínima ráfaga de aire cargado de arena de la calle sin asfaltar. Las mujeres desvainaban guisantes en el umbral de las puertas, sentadas en sillas de madera rojiza minúsculas, o trenzaban cestos para la fábrica.

Daba la sensación de que aquello era México.

* En español en el original. En adelante usaremos las comillas simples para indicar las numerosas palabras y frases en español que salpican el texto original en francés a lo largo de todo el libro. (N. de la E.)

Era gente bajita, de extremidades toscas, nariz chata, voz ronca y pelo tupido. Pobres desde tiempo inmemorial.

Los vecinos se limitaban a saludar con la cabeza al viejo del perro cuando lo veían pasar con aquella cara de satisfacción, en la que, desde hacía años, se había instalado una sonrisa indeleble, surcada igual que las arrugas. Por obra del tiempo o del decaimiento interior. Una sonrisa falsa que no tenía nada de afable, ni transmitía la más mínima señal de simpatía o de simple humanidad. La misma sonrisa que la de su perro.

De todas formas, el viejo ya no respondía al saludo. Sería por la sordera o por la falta de razón, pero parecía que no entendía; posaba la mirada en ti, te atravesaba, se perdía a lo lejos, y proseguía su camino parlotando con su compadre de cuatro patas.

Tiene que atravesar todo el pueblo para llegar a su casa. Se toma su tiempo, ralentiza el paso, da zancadas más cortas que en la carretera principal. «Hemos llegado, *Ramón*, compañero. ¿Qué nos apremia? Nadie nos espera.»

No, nadie los espera en su vivienda de la calle San Cristóbal, una casucha con las persianas siempre bajadas, la última. A partir de ahí las construcciones humanas se interrumpen y se despliegan terrenos baldíos cubiertos de chatarra. Unas cabras negras pacen,

aquí y allá, haciendo cabriolas entre carcasas oxidadas para ramonear la mejorana escasa pero muy perfumada. A lo lejos se extienden la llanura del Tajo y las huertas hasta las primeras alturas de los Montes de Toledo.

El viejo abre el buzón. Hoy ha recibido correspondencia: la pensión de Ceramivera, la fábrica de cerámica en la que pasó treinta años echando leña a los hornos. Y, para su sorpresa, también hay un sobre con un sello pintoresco, azul y dorado, que exhibe, como una bailarina altiva, la Giralda de Sevilla. ¡Vaya, una carta de su hermana, Nuria!

Palpa el sobre con los dedos agrietados de tanto pico y tanta pala. ¿Nuria? ¿Qué tendrá que decirle si hace ya cinco años que no la ve, desde poco después del entierro de su esposa?

Empuja la puerta de entrada, nunca echa la llave, ¿qué podrían robarle? El hombre no es desconfiado, es que no le importa nada. «Me da igual», dice siempre que se ve obligado a hablar. Todo le da «igual». El tiempo que hace hoy, idéntico al de la víspera, los acontecimientos, la política, los sucesos, nimios o importantes, que comentan con amargura sus coetáneos... Todo le da igual, como si no se supiera qué suerte de nivelador cósmico lo hubiera allanado.

La carta lo intriga, pero no se apresura a leerla, se

limita a dejarla en el aparador de la cocina, debajo de la foto de su hijo vestido de soldado, entre un desorden de servilletas sucias, saleros pegajosos y tapones de corcho.

A paso lento, se acerca al fregadero para llenar con agua fresca el bebedero de *Ramón*. Se arremanga para abrir el grifo de cobre y deja al descubierto un tatuaje curioso que le ensombrece el brazo derecho. El dibujo ocupa la cara interna del antebrazo. A pesar de la torpeza de la línea, se puede distinguir la cara de un joven de mandíbula prominente, orejas de soplillo y pelo corto pacientemente aplastado con la raya al lado.

El tatuaje es feo, aunque el modelo tampoco debía de ser muy guapo. Lo bonito es la juventud. ¡Nada puede despojar al tatuaje de una belleza adolescente que ha permanecido en el tiempo, indeleble, terrible, de mal gusto, invencible! Un tatuaje como el de un truhan o el de un lobo de mar, muy anterior a la moda del *body painting* y a los delirios barbaeroestéticos de la juventud llena de *piercings*.

—¡Toma, chico! —exclama el viejo, poniendo el bebedero delante del perro—. ¡Has tenido una paciencia de santo! Y yo, que ya no me paro ni en el bar, también voy a tomarme con tranquilidad una cerveza para acompañarte.

Abre con el pie la puerta del frigorífico de los años sesenta, saca una San Miguel y tantea con la mano en el aparador en busca de un abrebotellas, aparta la carta, la coloca en el mismo sitio. Luego.

Hacia las siete se acomoda en el patio como todas las tardes para esperar la noche y el frescor que subirá de las plantas. Sus flores son su único lujo. Las cuida con tanto amor como a su perro, y éstas se lo agradecen.

¿Quién hubiera creído que una vez franqueado el umbral de la casa más insignificante de Aldeanueva, atravesado el lúgubre espacio común que hace las veces de cocina, salón y comedor, el patio cuadrado y rodeado por las paredes de las construcciones contiguas, desembocaría en un delirio de plantas extraordinario como un sol en el fondo de un pozo?

Un júbilo de claveles rojos y dalias amarillas, de geranios de hojas lustrosas y rebosantes de savia, de rosas de mayo que trepan enloquecidas por el vil cemento de la pared hasta arañar el tejado. Todo brota de tiestos improvisados, de bidones de aceite de metal blanco o de recipientes de plástico reciclados entre los que serpentean mangueras perforadas con orificios ínfimos, una instalación de regadío fabricada con amor por el anciano.

Cada planta está destinada a recibir el gota a gota vital con una precisión y una diligencia clínicas. En el centro del patio, una cisterna metálica hace las veces de depósito. El viejo le ha instalado un motor provi-

sional que bombea el agua parsimoniosamente para dejar que se deslice, ligera como el rocío de abril, por los tubos de caucho amarillo.

El sol se zambulle en la sima del patio, templela el agua infundida en las venas de las plantas, se convierte en vida verde, en olores. Los perfumes hechiceros de la verbena, las adelfas rosas, las arvejillas y el jazmín se mezclan para nadie más que para el viejo y su perro.

Desde hace cinco años no acude ningún otro visitante que no sean los pájaros, las abejas y los gordos abejorros de cuerpo veloso, como unos parientes que se presentan a la hora habitual.

El viejo se sienta en un banco para fumar, se lía un cigarrillo mientras observa el juego de las abejas libando pistilos, sus pasos de danza en las corolas, el frágil insecto en una tensión extraordinaria, aferrado con violencia a la flor, concentrado en aspirar la vida.

El viejo chupetea el pitillo de tabaco negro con deleite. Los últimos años en vida de su mujer tuvo que privarse, fumar a escondidas en el bar o a la orilla del Tajo. «¡Con esa tos y los pulmones que tienes, que ni de asadura servirían para dar de comer a los gatos, y te vuelvo a pillar fumando! ¡Ay! ¡Qué cadáver tan bonito nos estás preparando!»

Pero el cadáver del viejo está vivito y coleando en su jardín encantado, y un pequeño halo azul, una aureola de felicidad, se eleva con cada calada sobre su cabeza canosa. Fue ella, Pura, la que se marchó al cementerio de golpe y porrazo de un infarto que la fulminó en plena calle mientras iba a por el pan. La mujer cayó muerta de repente, como si le hubieran disparado de lleno en el corazón.

¡El alboroto fue absoluto! Los vecinos la llevaron al hospital, al que llegó demasiado tarde con un corazón marchito, imposible de reanimar, que había latido durante sesenta y cinco años. Sólo se pudo informar al marido de que se había quedado viudo.

Entonces, *Ramón* entró en su vida.

Nadie sabe de dónde lo recogió, pero un día le hizo cruzar el umbral como si de una nueva desposada se tratara. Se pisaban los talones.

Por *Ramón*, el viejo había renunciado a la partida de cartas en el bar, demasiado humo y barullo para el pobre chucho y, además, sus compañeros, tras los primeros años de jubilación en los que el cuerpo todavía se mantiene alerta y el espíritu vivo, se hundían ya en esas miserias corporales de viejo que agarrotan los huesos y el cerebro. Habían desertado de las mesas de los bares hacia el sofá frente a la tele, hacia la cama y, a continuación, hacia el ataúd. Las tisanas habían sustituido el chato de vino.

Con todo, echaba de menos a su viejo amigo Paco. La delgadez de un rocinante y los hombros algo arqueados, como si fuera a hacer una reverencia, excusaban la bella prestancia que debió de tener en su juventud. Paco, sumamente bonachón, siempre repartía monedas entre los chiquillos para que jugaran al fútbolín; Paco, que pese a estar casi ciego, no había abandonado las partidas de 'ronda'. Las cartas formaban hasta tal punto parte de su universo, casi de su propio ser, que aun con los ojos apagados podía adivinarlas. «¡Mira, un as de bastos! ¡Y ahí un diez de copas! ¡Que a mí no me la pegas!»

Nadie sabía si detrás de sus iris, enturbiados por las cataratas, quedaba alguna luz o si el ciego tenía dones de vidente desconocidos hasta entonces. Los compañeros de juego se apropiaban de aquel hecho para gastarle bromas trilladas con las que Paco jamás se ofendía. Citaban siempre al fundador de la ONCE, que, a pesar de su minusvalía, había creado un imperio financiero. ¡El ciego dotado de la mejor vista de España!

El viejo ignora si Paco sigue jugando a las cartas o si está en un asilo. Jamás ha preguntado por él, lo que no significa que no lo tenga en mente. Y aunque sabe que vive a dos pasos de allí, detrás de la farmacia, no se arriesga a llamar a su puerta.

Los hombres no se rebajan a hacer visitas de cortesía. Sería una vergüenza estar de palique en torno a una taza de café o simplemente de pie en el patio de la vecina.

Los hombres sólo se reúnen en el bar o en el cementerio, y Paco todavía no ha congregado a nadie a su alrededor. Seguro que sigue jugando sus partidas de 'ronda' mentalmente, a solas, en la cama de un hospital. El viejo ya no tiene bar ni amigos, tiene a *Ramón* y los treinta metros cuadrados de su patio.

En vida de Pura, ella era la que se ocupaba de las flores: unos cuantos tiestos de geranios enclenques que regaba todas las tardes con un chorrillo de agua que vertía con descuido de un cántaro de boca ancha. Con la cuerda de tender, de la que pendían camisas y delantales que restallaban como la bandera de la santa patria por encima del gallinero, no quedaba mucho espacio para las plantas ornamentales.

A Pura sólo le gustaba eso, sólo entendía de eso, de coladas y de gallinas. Cuando murió, el viejo se olvidó durante quince días de las aves de corral de ojos amarillos que le recordaban a su mujer y necesitó al menos tres para deshacerse de los cadáveres, que habían quedado reducidos a esqueletos, y limpiar el patio de la gallinaza acumulada.

Tras la muerte de su esposa, el viejo vivía en la anarquía más gloriosa, y comía con el perro en franco compañerismo. Para él, queso de oveja y chorizo, para el otro, sopas de pan. *Ramón* dormía en su cama, acurrucado directamente sobre la colcha; hacía ya mucho que se había deshecho de las sábanas.

El viejo tampoco se preocupaba por el jabón ni por la fregona, se cambiaba de pantalón dos veces al año, pero se movía como un gnomo endiabrado por el entrelazado de su maravilloso sistema de riego bajo la verde bendición de las hojas.